AÑO XXV. — Nº 1206.

EL DIA

MONTEVIDEO, FEBRERO 28 DE 1956

Suplemento Dominical fundado por Don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932



PLAYA RAMIREZ.

(Fotografía Juan Caruso)

Esta fotografía de la céntrica playa montevideana ofrece un aspecto totalmente original del más antiguo y popular balneario, al que, la edificación elevada, y particularmente la Facultad de Ingeniería, le prestan un fondo de grandiosidad, mientras que en primer plano la amplitud de la rambla, su enjardinado y cancha de patinaje, permiten el espectáculo colorista y animado de los bañistas.

CALLES DE



La avenida Gorlero proporciona un marcado contraste entre el eco del pasado reciente y el ritmo vertiginoso de la época. Una multitud cosmopolita y el vívido colorido de los anuncios comerciales reemplazan a la soledad y al silencio que imperan en otras vías de la península.

NO conozco calles de tan incansable vigencia marítima como estas de Punta del Este. Ni me es posible caminar por ellas y contemplar montañas lejanas como vistas desde abordo de un barco y mirar desde allí como salta espléndidamente el océano en sus tramos agónicos sin experimentar una sensación de felicidad y riqueza en la palpitación que da el espíritu a esta forma inédita de los sentidos.

Las calles de Montevideo y de Buenos Aires no nos ofrecen un momento de tregua. Aceleran el desgarramiento. Suelen exagerar las angustias a medida que nos absorben como arañas y nos llenan de incertidumbres y odios que todo lo niegan.

Los rioplatenses nos quejamos simultáneamente de su suciedad, del ruido, de su hambre por los vivos, de las formas caóticas del tránsito, del problema de estacionar el auto, de los rostros despreciables de sus transeúntes, de la locura de los rascacielos, del hormigueo de los días que conducen cada vez más rápidamente a la muerte y del hedor nauseabundo de los gases y las úlceras gástricas que ocasionan.

Y he aquí que, de golpe, en esta ciudad del Este uruguayo, que brota del mar enrojecido ahora por el poniente, puedo darme cuenta de que en sus calles hay realmente más tiempo para vivir y para distender los nervios hasta hacerme comprender dulcemente que la libertad de andar y andar por ellas puede dar lugar a un sentimiento desnudo y desmesurado que nos encoge casi el corazón siempre en búsqueda de un equilibrio más tranquilo, más reposado y más constante.

La península está cuadriculada por calles y enmarcada por límites que le arrancan la promesa de no extenderse jamás y realzan visiblemente la tiranía de sus distancias. Hay calles con ventanas donde florecen multicolores las mallas de baño que se secan al sol prendidas a persianas de hierro batido o balcones equidistantes que se inclinan al mar. Calles de siesta colonial, ubicadas como al otro lado del Leteo, a las que asoman corredores y puertas opulentas que dan a patios misteriosos y llenos de sombra donde siempre hay alguien sumergido en el mundo fascinante de Turgenev o Henry James. Calles sin evasión, condenadas al perímetro casi isleño de la ciudad que mata cualquier vocación de camino infinito por que en todos los ámbitos el mar inutiliza ariscamente las prolongaciones y el libre ejercicio de partir caminando a la aventura sin miedo a lo que está cada vez más próximo y con ánimo de perderse sin volverse a encontrar.

A decir verdad, son éstas, calles sin árboles reparadores del ardor insoportable del sol y hasta de las lluvias torrenciales que niegan irrespetuosamente toda condición al verano.

Quizá sea por que los vientos oceánicos son particularmente agresivos en esta luminosa comarca y a barlovento toda señal de vida vegetal alineándose en las veredas de estructura arenosa entabla una lucha titánica por sobrevivir.

En esa batalla que no resisten ni los plátanos, ni los paraísos, ni otras especies del ornato público familiarizadas con las calles montevideanas, sólo triunfan airosamente de manera sorpresiva y hasta graciosa las entercadas palmeras que al atardecer, cuando el cielo parece de pesada seda escarlata, revientan sus penachos siempre jactanciosos y convocan a todos los pájaros vagabundos de la península como en un corrillo de ociosas y parlanchinas vecinas que se saludan y hablan de funerales y bodas a la puesta del sol.

No hay aquí, en fin, calle que no muera en forma jubilosa en el mar. Ese mar que en la bahía de Maldonado parece siempre un animal castrado de grandes ojos tristes que en cualquier momento podría agitarse y despertar y readquiere su poderío y su violencia del lado del Este, dando exasperantes zarpazos de rabia, convulsivamente dueño de sus viejos instintos recobrados que como dice Hemingway refiriéndose al mar del golfo de México parecería "que hiciera el amor con alguna cosa" y arrecia de súbito con toda la salvaje sensualidad espasmódica de su apariencia obesa.

Por otra parte no existe en toda Punta del Este una sola calle donde en sus puntos terminales no esté entronizado perennemente el paisaje. Y ya miren al espejeante mar de zafiro, o al puerto, o a la bahía, o a las islas, o a los escarpados cerros, o bien se desencadenen para ser tragadas por las médanos circundantes de donde llega la olorosa brisa que ha pasado sobre los pinares y las tuberosas, cada una de ellas suscita la alegría y la pasión luminosa de los panoramas.

Calles hay donde las noches atlánticas proyectan vastos insomnios para las constelaciones australes. Malecones donde los vientos fantasmas del Sur que apuñalean con sus menudas cuchillas a las brujas y a los duendes de Maldonado pasan contando a todo aquel que quiera escucharlo



La Isla de Lobos en pleno Atlántico Sur sirve de fondo a algunas calles pobladas de palmeras que añaden un tropical elemento a la perspectiva.



Empujados por las opulentas residencias de veraneo, los breves malecones, exclusi-

PUNTA DEL ESTE

viejas baladas de tiempos ya idos. De tiempos de antes de nacer. Del tiempo de los españoles avituallados con arcabuces y atigradas armas damasquinadas. Y aquí la mente se detiene, la obsesión nace, en un Juan Díaz de Solís, en un Hernando de Magallanes, en un Irala, en el veneciano Gaboto. Por que por aquí pasaron los desvanecidos y blancos galeones de la conquista y hubo también huellas indias. Frente a estas costas frecuentadas hoy día por aficionados que se solazan con la pesca del tiburón planearon los ingleses sus ávidas invasiones atraídos seguramente por el acicate de los panoramas y en una época en que ya eran pocos los sitios en el mundo donde la agencia Cook no hubiera organizado una excursión. En días tan lejanos es probable asimismo que ansiosos bucaneros como el célebre filibustero francés Moreau atacado de una crueldad incurable, aguardaran en los lugares donde hoy se cruzan las calles de Punta del Este, los ricos cargamentos de oro que bajaban del Perú y que las colonias aportaban al erario de los reyes hispánicos.

Sabido es que frente a este apacible escenario se desarrolló uno de los más turbulentos dramas navales de la última guerra mundial.

Como forma particular de su anecdotario los fieles de Punta del Este que viven aquí todo el año, no pierden oportunidad de relatar a turistas ilusionados un acontecimiento memorable en la vida íntima de la Península.

Estas evocaciones, más adictas a la Liga de Fomento de Turistas local, que a las especulaciones históricas de Toynbee, recuerdan a los olvidadizos que al extenderse al Atlántico Sur la segunda guerra mundial resonaron en estas calles los rotundos cañonazos con que las naves de guerra británicas hirieran de muerte al corsario alemán "Graff Spee". De todo ello queda como único recuerdo nostálgico el ancla del crucero "Ajax" que se perpetua en el extremo más meridional de la península y que los ingleses regalaron al Uruguay como homenaje a nuestra democracia y a su férreo respeto por las normas internacionales vigentes.

Claro que en estos días de verano con esplendor de cuentas venecianas, las calles de Punta del Este tal vez no serían nada sin la gloria de sus rompientes y la grandeza de sus cielos cambiantes. Sin cesar renacientes, ellos dan el alternado espectáculo del sosiego y la aspereza del mar en amaneceres encendidos cuando las aguas de la fabulosa bahía se tiñen inverosímilmente con una coloración rosada bajo el más increíble drama de nubes y de luces de morado azul que escriben en el espacio la fantástica epopeya ilustrada del verano y los días, de mitos y de dioses, de paisajes, de batallas y de dóciles corceles alados.

De cualquier modo, no se infiera de ahí que en esta ciudad balnearia del Uruguay, todas sus calles se prestan para un soñador adormecimiento.

En Punta del Este hay también un soberbio centro comercial rebosante de actividad. Alegres tiendas, almacenes de antigüedades, y cafés con mesas al aire libre o restaurantes de moda a la hora del almuerzo como Katary y Capri y Strómboli se enseñorean en la Avenida Gorlero, una de las pocas que escapa al frío nomenclator cabalístico de las cifras y que viene a ser algo así como la generatriz más rumbosa y notoria donde cobra su impulso vital la ciudad y es a la vez el emporio comercial que atrae a millares de turistas a todas las horas del día. Joyerías, tiendas, transparentes escaparates de caprichos y perfumería, boutiques, peluquerías, bancos y un cine son enhebrados por esta arteria moderna que nace en los arenales viajeros de frente a Playa Brava y después de servir de eje a la península muere abruptamente en un embrujo de calles que conducen a la plaza Gran Bretaña ubicada en el sitio más adentrado en el mar.

Confieso que no es nada fácil olvidar a Punta del Este y el desamparado sentido de paz de sus calles que laten con las mareas y que parece consistir de luz, espacio y silencio. Claro que algunas noches sin pasión, cuando el estío termina y el después y la vida inevitable del Oeste nos devuelven ordenadamente a la mediocridad irritante de oficinas, horarios vegetativos y dormitorios y cuartos desencantados, como en un sueño volvemos a encontrarnos aquí con los hermosos fantasmas del verano ,oyendo el ruido de las enormes olas ¡y la luz de la luna bañándolo todo! Y entonces, es difícil convencer a nuestros corazones vulnerables, de que un día, algo oscuro y definitivo, impedirá que volvamos jamás.

J. R. CRAVEA

(Especial para EL DIA).

Dibujos de *Edgardo Ribeiro*.



Una de las calles que se abren sobre la bahía de Maldonado bajo la inclemencia del sol del verano. En primer plano se ve el antepuerto y en el fondo la Isla Gorriti y la espectacular Sierra de las Animas.



vamente para peatones, surgen sorpresivamente mismo al borde del océano que les disputa encarnizadamente su ámbito.



Obstruída y cortada por el mar, la calle 14, como tantas otras, ofrece la fascinación del paso de los grandes vapores casi al alcance de la mano de los atónitos turistas.

LOS MUSICOS DE PIERRE DE RONSARD

EL Ensayo que Walter Pater dedica al estudio del espiritu del Renacimiento en Francia, puede ser destacado como una de las principales contribuciones al conocimiento más profundo de un largo período de la cultura occidental.

Uno de sus mayores aciertos, consiste en que al investigar todas las formas usuales de expresión artística, no desglosó, como es costumbre, la música. Muy por lo contrario; con extraordinaria sutileza, establece todos los puntos de contacto, llegando así hasta hacer perceptible la intima relación entre la poesía de Pierre de Ronsard o de Joaquim du Bellay (figuras máximas de la famosa Pléiade francesa) con los músicos de su tiempo.

La figura de Pierre de Ronsard ha adquirido especial importancia para los compositores, inclusive modernos, particularmente a raíz del gran homenaje promovido por la *"Revue Musicale Française"* en 1924, en conmemoración del cuarto centenario de su nacimiento. Basta decir que esto motivó varias obras para canto, de músicos de la jerarquía de André Caplet, Roland-Manuel, Maurice Ravel, Maurice Delage, Arturo Honegger, Paul Dukas, Louis Aubert y Albert Roussel.

Walter Pater en el Ensayo que mencionamos, sitúa la iniciación del Renacimiento en algunos *"fablaiux"* medioevales y lo prolonga hasta Winckelmann y Goethe. En la música propiamente dicha, esto correspondería a ubicar el comienzo del Renacimiento en las primeras curiosidades profanas de los Organistas, que influyen y dan lugar a los primeros ensayos de Polifonía y Cromatismo.

"Así —dice Walter Pater— lo que se llama en Francia el Renacimiento, es menos la introducción de un gusto completamente nuevo e importado de Italia, que un período más sutil y más refinado de la propia Edad Media (francesa) en su último y fugitivo resplandor. Como los hidalgos y las damas que narran cuentos en el *Decameron* de Bocaccio, tales figuras forman un grupo que, en medio de perturbaciones y angustias, se entretienen con el arte, la poesía, y la maledicencia. Pero se distraen con una elegancia maravillosa".

Para que se comprenda esta observación de Walter Pater, es necesario que se señale que los poetas de la *Pléiade* actuaron en la época de Catalina de Médicis, personalidad turbia y tenebrosa, que mediante sus hijos (Carlos IX, Henrique III) dominó como árbitro supremo la Corte de los Valois. Crímenes, prisiones, exilios, asesinatos, y un sinfin de intrigas que coronan la abominable matanza de la famosa madrugada de Saint-Barthélemy (católicos contra hugonotes) dan la tónica de la ética espiritual de toda esta época.

Cuando sabemos que Pierre de Ronsard frecuentaba esta corte, no podemos menos que admirar el refinamiento expresivo, que constituiría algo así como la contrapartida de una realidad.

La *Canción de Rolando* y el *Romance del Zorro* moldeados en el genio de las baladas de Villon, adquieren extraordinaria exquisitez en los versos de Ronsard. Son muchos los críticos que consideran que casi ya alcanzan, en la perfección del lenguaje poético, la claridad de Malherbe y la armonía incomparable de Racine.

Los homenajes que le fueron tributados con motivo del cuarto centenario de su nacimiento, dieron lugar a muchos estudios y ensayos, y, principalmente en el aspecto musical, ha obtenido una gran divulgación el tomo que el crítico Ch. van den Borren ha dedicado a lo que llama *"los músicos de Ronsard"*.

Las obras más conocidas, y que provienen de la época del gran poeta, consisten en una serie de *sonetos, canciones* e *himnos*.

Los sonetos que se han musicado, en vida de Ronsard, son los siguientes: *Bien qu'á grand tort il te plaist d'allumer* (música de Pierre Certon; Quand y'apperçoy tan beau chef jaunissant (música de Claude Goudimel; *Qui vouldra voir comme un Dieu me surmonte* (música de Clément Janequin).

Corresponde que hagamos un pequeño paréntesi sa propósito de este último, señalando a Clément Janequin como uno de los más grandes músicos de esta época. Compuso *mil doscientas canciones* dentro de un estilo de extraordinaria pureza e inspiración.

Los otros músicos que musicaron sonetos de Pierre de Ronsard, son François Regnard, en *Pour voir ensemble et les champs et le bord*, y el famoso *Orlando de Lassus* que compuso en dos bellisimos dialogados a ocho voces, la música para los sonetos: *Que dis-tu, que fais-tu, pensive tourterelle*, y *O dous parler, don l'apast doucereux*.

En cuanto a las composiciones poéticas de Ronsard, que no fueran sonetos, Guillaume Costeley, organista de Carlos IX, ha musicado las canciones *Las! je n'eusse jamais pensé* y *Je veux aymer ardentement*.

También se conoce la música para su *Hymne sur la victoire de Moncontour*, compuesta por Nicolas de la Grotte, organista de Henrique III.

La adaptación de todas estas melodías al espíritu de los respectivos textos poéticos, no alcanza la perfección y la espontaneidad que admiramos en los pocos ejemplos que se han conservado de la anterior época de los trovadores.

Esto no se debe exclusivamente al hecho de que en el género trovadoresco el poeta fuera a la vez, también el músico de sus propias creaciones literarias, sino que proviene de que los músicos de la época de Ronsard se encontraban en la llamada *etapa mecánica* del contrapunto, en cuyos derroteros el carácter puramente abstracto de los cánones y recursos estructurales, atraía por su novedad y su rebuscamiento, mucho más que cualquiera de los fenómenos psicológicos de la expresión.

Esto último, es decir, la compenetración con el sentimiento que domina el texto poético, ha sido aporte triunfal de los bellísimos *madrigales italianos* de finales del siglo XVI.

Las composiciones que se escribieron en 1924 para los versos de Pierre de Ronsard, con motivo de la mencionada conmemoración del nacimiento del poeta, y que tomaron la denominación de *"Hommage au tombeau de Ronsard"*, son las siguientes:

Doux fut le trait (soneto), para soprano y arpa, de André Caplet. *Dedans les Prés* (soneto) para barítono y piano, de Roland-Manuel. *Ronsard á son áme*, (canción para tenor y piano, de Maurice Ravel. *Ronsard á sa muse*, (canción) para soprano y piano, de Maurice Delage. *Plus tu connais que je brûle* (canción) para soprano y piano de Arturo Honegger. *Ha! Bel accueil* (soneto) para soprano y piano, de Paul Dukas. *La Fontaine d'Hélène*, (canción) para soprano y piano, de Louis Aubert. *Rossignol mon mignon*, (canción) para soprano y flauta, de Albert Roussel.

Este homenaje que los principales musicos franceses del siglo actual dedicaron al gran poeta de la Pléiade, demuestra de modo elocuente la perennidad de una inspiración que ha resistido el transcurso de cuatro siglos, y cuya belleza perdura aún en la cultura de todo el occidente.

Alberto SORIANO

(Especial para EL DIA)



Pierre de Ronsard.



El Castillo de la "Poissonniére", donde nació Ronsard.



Hermenegildo Sabat, trabajando en su estudio



Guillermo Ferrero.



Mr. Guerard, de las obras del puerto.

EL DIBUJANTE HERMENEGILDO SABAT



Zorrilla de San Martín.

EL 13 de abril de 1874 nace Hermenegildo Sabat en Palma de Mallorca. Su padre, militar republicano, se hallaba allí en razón de la frustrada República Española, con su madre doña Concepción Lleó, poco después fallecida en ésta. Por consejo de los señores Mascaró, el comandante Sabat viaja a Montevideo, y luego de estudiado el ambiente, trae a toda su familia en 1875. Aquí pronto es asimilado al ejército, enseña esgrima al Regimiento de Galarza en Mercedes donde contrae segundas nupcias con doña María Luisa Ercasty. Será con el tiempo profesor fundador de esgrima e hipología en la Academia Militar.

Hermenegildo Sabat gana ,a los 19 años, por concurso de oposición la cátedra de dibujo en el Instituto Normal. Por varios años, y en razón de la influencia paterna interviene en certámenes y asociaciones esgrimísticas.

A los 20 años pronuncia en el Centro Catalán una conferencia que dio lugar a una gran polémica por lo revolucionario, sobre los objetos que se deben emplear en la enseñanza del dibujo. Fue un anticipado del dibujo del natural, sin reglas ni compás, que se imponía en la época para cualquier lámina.

En 1898 contrae matrimonio con doña María Pebet y en los años subsiguientes sigue actuando en la enseñanza, en exposiciones, actividades esgrimísticas, y en la prensa diaria y periódica; entre ellos EL DIA, Rojo y Blanco, La Alborada, La Fusta, Bohemia, La Semana y Caras y Caretas de Buenos Aires.

En EL DIA firma con el seudónimo de "Plácido Placidio" la crítica de arte y hace conocer su firma de "Carolus" en las caricaturas. Su lápiz acreditó entonces con justicia la reputación de gran dibujante ganada con hermosas muestras de un arte que será siempre admirado por los lectores de todas las épocas.

Desarrolla también una actividad constante y de enorme trascendencia en la enseñanza industrial, actuando también en las asambleas políticas del Batllismo.

Falleció en Montevideo el 17 de febrero de 1931, hace ya veinticinco años, el que había sido un famoso dibujante caricaturista, un esforzado paladín de la enseñanza y un "apóstol de la santa religión del trabajo". *FERNANDEZ PRANDO.*



Don Enrique Moreno, Ministro de la Argentina.



Santín Carlos Rossi.



Eduardo Iglesias, político uruguayo.



Dr. Lisboa. Ministro del Brasil.



General Eduardo Vázquez.

Donde hay poesía...
está HEATHER

Anaranjado de Jider
seco

Los labios que llevan el toque armonioso del tono ANARANJADO DE JIDER, son exquisitos poemas de amor y belleza.



Lápiz Labial HEATHER
SECO

Compárelo con otros del mismo precio

HAY UN TONO PARA CADA TIPO DE BELLEZA: ROSA DE JIDER — ROSA CLARO DE JIDER — TULIPAN — CICLAMOR VIVO — ARDIENTE — MEDIANO — OSCURO — AMAPOLA — ANARANJADO

Un precioso cutis

bronceado

¡en 5 segundos!



con

Angel Face

DE POND'S

en sus nuevos tonos para verano

Tostado y Cobrizo



Nuevo Estuche

Blue Plastic

Pida Angel Face en su nuevo estuche Blue Plastic a $ 4.50 o en el popular Estuche Metálico a $ 3.— siempre con su cisne.

Angel Face, el inimitable maquillaje completo, anuncia dos elegantes primicias para 1956:

Sus nuevos matices de verano, con toda la cálida intensidad del bronceado de sol: Tostado y Cobrizo.

Su flamante estuche Blue Plastic en un lindo tono azul pastel -económico, coqueto y práctico. ¡Véalo!

Además, recuerde que Angel Face, gracias a su contenido de finos Aceites Pulverizados

Jamás seca el cutis!

Hay 8 modernos tonos a elegir: *Rubio - Nacarado - Rosado - Moreno - Bronceado - Gitano - Tostado y Cobrizo.*

DEL REINO INACCESIBLE DE LOS AUCAS

LA reciente tragedia de los misioneros evangelistas norteamericanos, atravesados por las lanzas de los aucas en el Oriente ecuatoriano, ha puesto de actualidad la historia de su origen, vida y costumbres, capítulos de los más oscuros e ignorados de cuantos demoran en el llamado Infierno Verde de la selva amazónica.

Muchas crónicas se han publicado en la prensa de América, pero entre aquellos relatos que pretenden desvelar el misterio de la jungla o acudir a presenciales testigos que vieron en un día, al trasluz de nerviosa aventura, el perfil de un "auca", o entrevistaron a raros ejemplares indios salidos de la impenetrable fronda, ya fuese porque pesaba sobre ellos un decreto de muerte, o porque se extraviaron en su nomadismo de estirpe, no hay uno que logre fijar los rasgos humanos, ni menos el dominio interior de ese oculto y multitudinario rey de la Amazonia, tradicionalmente estimado como el más esquivo y fiero de los mortales.

Parece cierto que ninguno vio *enteramente* a los aucas. "Estos moradores de la selva —escribe Charles Cecil Fuller, quien vivió por mucho tiempo entre los salvajes, llegándose alguna vez solo hasta la espesa muralla vegetal de los infranquables Aushiris —son tan peligrosos que la primera visión que un extraño tiene de ellos— si ha tenido la suerte de verlos primero— bien puede ser la última. El auca cuando aquellos pagaban con su vida el empeño de cristianar a los infieles.

Notas tendidas a un pulso veloz, sin apenas como las de una oruga que no podía adivinar hasta donde emprendería su vuelo. Los evangelistas habían creído iniciar amistad con los habitantes de la tupida fortaleza. Les veían desde su cabina, sin distinguirles completamente. Creerían que les pagaban sus presentes con sonrisas de buena voluntad, y que habían, por fin, despejado un largo trecho, tenido como imposible, en su misión de conquistar espíritus. Las últimas anotaciones, golpeadas sobre el papel como en un diario telegráfico, dicen: "Ya vienen los aucas... Ya se acercan". Pero esa primera entrevista era también la última. Los misioneros se llevarían para siempre la imagen real y presente de los únicos hombres de la tierra de los que no se sabe nada.

Queda claro que las crónicas o relatos acerca de los aucas bordean los linderos de la fábula. Es constante que alguna vez fue rescatado y educado un auca, más, en nuevos ámbitos, perdió sus características anteriores, cosa mucho más explicable si se trata de niños cuyas madres les llevaron desde el corazón de la selva, hasta sitios del Oriente civilizados y no muy distantes —Canelos, Puyo, Mera— acaso para salvarles de la fiesta de holocausto en la que ofrecen el sacrificio de niños —todo es conjetura— en homenaje a sus



El helicóptero de los Estados Unidos que llegó a territorio auca para el rescate de los cadáveres de los misioneros sacrificados por los indios. (Fotografías Pacheco, especiales para EL DIA).

opera velozmente, bajo el principio selvático de que los muertos no hablan".

Los evangelistas que regaron con su sangre esa orilla, resultan una prueba evidente de tal vista penúltima que se marcha con ellos, sin dar tiempo a la más pronta impresión fotográfica, ni al desarrollo de someros apuntes, como si los irreductibles indígenas tuvieran la consigna de no dejarse revelar ni sobre la superficie de ojo alguno; tenaces defensores de su secreto que, apenas recogido ha de ahogarse en las aguas oscuras o desvanecerse con el cuerpo que cae al golpe de su lanza sin falla, o bajo el instantáneo ardor de sus flechas envenenadas.

Notas menudas pudiéron ser recogidas de entre los escombros del pequeño avión que sirvió a los evangelistas para llegar audazmente hasta tan inhollado suelo. Fueron las suyas, al comienzo, visitas aéreas de reconocimiento. Lanzaron desde las alas de platino al territorio de los indios indómitos, espejos, baratijas de colores, hachas y machetes; collares para las mujeres. Después, establecieron curioso correo, un poco robinsonista, al descolgar una cuerda para el intercambio. Por ella ascendió al aeroplano el pájaro parlante, la lora oriental, de plumas encendidas y articulación imitativa, cuyos guturales gritos vibraban como notas perdidas entre el coro infantil de los hijos de los misioneros, allá por el pueblo tropical del Puyo o el Campamento de la Shell, asiento de los protestantes, dioses... Una mujer auca, apresada no lejos de sus dominios por un Capitán explorador, murió de empecinada melancolía, negándose a tomar alimento y presa de cóleras violentas. Y un indiecito hijo suyo, en trance de civilizarse, en una de sus fugas hacia las entradas de la selva, y trepándose como los cuadrumanos a lo más empinado de los árboles, cayó desde una rama tierna para despedazarse la cabeza contra una piedra de la ribera.

En cuanto a los evangelistas, serían considerados por los indios como exploradores dadivosos y acaso simpáticos en el primer momento; visitantes aéreos cuyos repasos no dejarían de remover sus interrogaciones selváticas, pero tolerables en tanto no llegaran a su suelo. Una vez en él, y como llevaran una casa transportable que se armó entre la enramada, les parecieron hombres extranjeros que formaban la vanguardia de una empresa de dominio. Llegaban, también, sin mujeres y podían ir en pos de las suyas. Tales las deducciones que van desde el arribo de los misioneros hasta su muerte, atravesados por esas lanzas de once codos, tan luengas y mortíferas como las de La Ilíada, con puntas aserradas para rasgar las carnes, y de pesada y negra chonta, que los salvajes suelen disparar con una certera fuerza, ocultándose casi siempre, fundiéndose con su paisaje de oscura esmeralda, con un desconcertante mimetismo.

Pero, ¿quiénes son los aucas, de dónde

salieron? Si hay un misterio entero éste será el de los que jamás se dejan penetrar, sólo a quince millas de pueblos orientales ya de relativos vientos civilizados, en el Alto Amazonas. Para la hipótesis de algunos, son los propios Shyris que una vez perdidos sus dominios en el Reino de Quito, emprendieron en una fuga hasta lo más profundo de la selva, para no dejarse contaminar nunca. Créese que viven en nomadismo, que renuevan sus tiendas; que les guía el azar de la aventura y que apenos conciben la sospecha de haber sido descubiertos, marchan más adentro, en lucha con jaguares y ofidios, y borran sus rastros, y amanecen en la otra orilla, y vuelan a nado sobre las espumas del Amazonas, y que si fueran militarmente perseguidos, cobijados de selva, quedaríanse en ella, o haríanse submarinos, o resbalarían al fondo de sus ríos, jinetes en una flora profunda hasta la que sólo ellos han podido llegar.

La última exploración, la del rescate, se ha hecho en la orilla de los aucas. A la vera del serpenteante río Oglán, que repta como una oriental culebra para unirse con el torrentoso Curaray, y así unidos, como en esfuerzo total de dos brazos, ingresar al Amazonas que es un gigante de agua, a quien no puede aquietar nada más que el océano. Desde los aires se obtuvieron fotografías del reino inaccesible. Tupida selva; océano verde; laberinto casi sin horizonte. La lente del fotógrafo pudo sorprender algunas casas enclavadas en lugares estratégicos, donde la cortina verde es más espesa, y donde el río parece un foso natural que se oponga al advenimiento de cualquier intruso. Casas ovoida'es, que dan la impresión de ser viviendas colectivas, y que aparecen, vistas desde los espacios, como dispersas manchas, por lo que se piensa en que aquel salvaje reinado no muestra ninguna agrupación que defina a un pueblo, ya que se esparce y se guarda, y de seguro se moviliza como en viaje constante, manteniendo sorpresa sin tregua para oponerse a la sorpresa.

Aparte del avión que llegó a esas riberas y que fue posiblemente destrozado por los indios quienes buscaban el corazón del pájaro de hierro desde donde los blancos desplegaron las banderas de sus pañuelos y les mandaron unos brujos pedazos de vidrio en los cuales podían ver reproducidos sus rostros, este pequeño helicóptero que parece una cosa perfeccionada de un sueño de Robinson Crusoe, es el único que ha llegado a la misteriosa puerta de los Aushiris. Aquellos son los esforzados americanos y los guías ecuatorianos que abrieron hoyo piadoso en las arenas contiguas al río Oglán, para depositar en él los cadáveres de los cinco misioneros, y tras de una breve ceremonia fúnebre, levantaron una cruz de de maderos de árbol ribereño pulido por sus puñales de cinto. Los viajeros no alcanzaron a divisar ni la sombra de los indios fantasmales.

Augusto ARIAS.

(Especial para EL DIA).

Quito, 1955.



Entre la tupida enramada se divisan las techumbres pajizas de las chozas de los aucas, en un lugar de la orilla.

El río Oglán que serpea en la impenetrable selva de los aucas.



"En tercera clase". (Museo Metropolitano de Nueva York).

GRABADOS Y PINTURAS DE HONORE D

El 11 de febrero de 1879 murió Honoré Daumier en su último y precario refugio, una cabaña en Valmondois que le había obsequiado su colega Corot para finalizar en paz sus días. En aquel momento, pocos comprendieron que Francia se privaba de uno de sus más grandes artistas. Algunos, sin embargo, lamentaron la desaparición de un dibujante excepcional y hasta quizás pensaran que el humorismo se despojaba del más agudo caricaturista de todos los tiempos pero, con excepción de dos o tres amigos íntimos, nadie supo que aquella muerte significaba también la pérdida de un pintor, de un gigantesco pintor.

Hoy, después de casi setenta años de haber ocurrido, todavía nos resulta casi imposible considerar independientemente el aspecto de pintor del de caricaturista en la obra global de este gran precursor del nuevo arte. Con ello no pretendemos elevar de jerarquía a la caricatura ni escatimar prestigio a la pintura. Simplemente, nos vemos impelidos a reconocer las infinitas posibilidades que, por igual, este coloso planteara desde ambos medios de expresión. A través de su obra de caricaturista y de pintor, casi sin diferencia, llegó a dar forma a un estilo de tal potencia que hoy se nos aparece infiltrado de una rara vitalidad y una fecundidad permanente y ejemplar en el panorama del arte contemporáneo.

Nacido en Marsella el 26 de febrero de 1808, Honoré Daumier fue artista desde el momento en que adquirió razón del mundo. Siendo muy niño, cuando su familia se trasladó a París, las salas del Louvre constituyeron su principal entretenimiento. Del mismo modo, las obras de los grandes maestros se le reconocen hasta hoy como su único aprendizaje. Ante ellas comenzó a dibujar. Por ellas, quizá, más tarde se decidió a pintar.

La estrechez económica en que se desenvolvían sus padres le privó de asistir a escuela de arte alguna y, a los dieciocho años, ya lo hallamos empleado como portapliegos de un alguacil de juzgado. Familiarizado con todos los aspectos íntimos de los tribunales, éstos llegarían a ser en su oportunidad un tema central de su obra en el que plasmaría una de las más radicales fases de su atrevida lección. Al abandonar la rutina del ambiente judicial, se coloca de aprendiz en el taller de un litógrafo y allí, en definitiva, aprendería lo esencial del oficio en que habría de iniciarse su carrera de artista.

A los veintiún años es ya un dibujante profesional del semanario político *La Caricature*. Sus ideas liberales y lo acre de sus censuras muy pronto le recompen con la fama y la cárcel, con aplausos multas. Así, oscilando entre una popul dad delirante y persecuciones punitiv tiene lugar lo más prolífico de su lab La pseudo aristocracia burguesa que se adueñado del poder, desde la regencia Luis Felipe hasta Napoleón III, es el blanco permanente de sus críticas g ficas. Para Daumier, esta nueva clase minante está revestida de las mismas racterísticas de la corrompida casta de Luises.

Con este principio se entrega por en ro a la tarea de imponer sus ideas en vor de los oprimidos, desplegando en e lo más puro de su sensibilidad artística humana; haciendo mofa en sus carica ras de la aristocracia intrascendente y vola de improvisados sin linaje espiritu ridiculizando a los jueces venales y a administración amañada de la justicia su famosa serie de ***El Vientre Legislati*** atacando el despotismo militar; fustigan a la religión mal entendida y a los sis mas anticuados de enseñanza; pronunci dose contra la intolerancia, el fanatismo la ignorancia presuntuosa, así entregó a posteridad, con exquisita ironía, lo mej y más fecundo de su arte.

En cierto momento de su madurez co caricaturista, Daumier se propuso abord la pintura. Así, muchos de los temas i cialmente tratados en sus dibujos diari para *La Caricature* o *Charivari* se vien resueltos en la definitiva materia del ól La línea audaz, flúida y poderosa que e el cimiento de su ya magistral person lidad, halló una fórmula más perdurab para expresarse. Pocos contemporáne suyos se enteraron de aquella nueva d voción. Sólo Baudelaire, Delacroix y Co percibieron la trascendencia de lo q Daumier estaba gestando para el arte se impusieron cabalmente de la anticip ción de su mensaje.

Pero la magnitud de Daumier no d bemos centrarla en el solo hecho de hab desarrollado un recuento histórico-satíri de las debilidades sociales de su tiemp Sabemos por lo que han referido sus am gos, por sus notas, correspondencia y ané dotas, lo insobornable de su actitud y pureza de sus ideas desplegadas a trav de una vocación artística ejemplar. Qui también otros pintores ya oscurecidos p el olvido sustentaran una ideología sem jante y se manifestaran en su obra ta seriamente republicanos, democráticos justicieros como el ciudadano Honoré Da mier. Pero, no es, repitamos, en este a pecto ideológico en el que debemos bas la posición eminente que Daumier ocup dentro del arte actual. Lo que le enseñ rea y principalmente le reviste de un impar preponderancia son sus hallazg en el orden formal. Lo que le ha hech detentar el rango de maestro que ho



"Por la dolorosa". (Philips Memorial Gallery).



"La abuela". (National Gallery. Washington).

pa dentro de la historia del arte son dotes de dibujante insigne, su dominio ana línea investida de increíble soltu- su peculiar poder para dramatizar el acio y organizar audazmente sus com- ciones, su empleo constructivo del co- y la rítmica obtención de los volúme- en cierta manera anticipada a las as plásticas de Cezanne. Si bien este oimo, en su lucha por liberar a la pin- del imperativo del tema, se mantuvo ringido a asuntos esenciales, carentes implicación literaria, Daumier inquirió ladosamente en la vida diaria de su npo, analizando un mundo de adema- fugaces, rostro disímiles, hechos y mo- nentos de desigual significación, plas- ndolos con asombrosa fidelidad. Dau- r, así, nos hace entender al realismo una nueva actitud encubierta de ro- nticismo. Por eso, ante su obra se es- llan los fichadores de oficio al no poder positarlo de lleno dentro de ninguna de bas tendencias. Su visión del presente, lugar y del hecho, es como una sorda testa contra el exotismo o la historio- fía decadente de algunos románticos. r otra parte, el rítmico acento emocio- , la ejemplaridad, el *pathos* psicológico, exaltación universal del hecho trans ri- desbordan los moldes llanos y hasta seros con que algunas veces los realis- quisieron apresar el arte.

La pintura de Daumier se halla im- egnada de una fructífera riqueza estruc- al. La asimetría de volúmenes trazados tanciosamente entre un sorprendente corrido de luces y sombras crean en su ra una atmósfera peculiar en la cual el pario adquiere un excepcional relieve de as variantes. Tanto en las caricaturas ográficas como en los óleos se destaca epotente la línea, activa, plena de sen- lo, articulándose y oprimiéndose pugnaz segura en el seno de las sombras o atre- éndose en la estridencia de la luz. Con éntico rigor plástico, de este modo, se

UMIER

roduce tanto su obra habitual para los riodistas como su cuidadosa labor fren- al caballete. Las distorsiones o defor- aciones humorísticas están revestidas de misma profunda cualidad constructiva ue hallamos permanentemente en su intura.

Nunca, desde Rembrandt y Goya, el ibujo había adquirido más intenso sabor motivo, más honda vibración y dinamia eadora, más certera visión de la profun- idad del espacio, mayor respeto de la z. De este modo — dígase para su glo- a imperecedera — el sentido eterno que onfiere a su versión del hecho cotidiano, a captación atemporal de lo puramente ircunstancial, son la medida justa del norme talento — ¿y por que no afirmar- o? — del genio incuestionable de Honoré Daumier.

José GOMEZ SICRE.

"Consejos a un joven artista" (National Gallery of Art de Washington).



"El hombre fuerte" (Philips Memorial Gallery).



"La sublevación". (Philips Memorial Gallery. Washington).

CUADERNO DE BITACORA

LAZARO Y JUDAS EN LAS LETRAS AMERICANAS

EN menos de seis meses las letras americanas se han enriquecido con dos libros de tema insólito. El uno, el del dominicano Juan Bosch, sobre *"Judas Iscariote"* (Santiago de Chile, 1955); el otro, del uruguayo Ubaldo Edgardo Genta sobre *"Lázaro"* (México, 1955). Aunque de índole distinta, como tratan de asuntos bíblicos, se los puede enfocar como un todo. Ayudará a esclarecer el inesperado mensaje que se infiltra en nuestra literatura a través de ellos.

Genta, poeta de ancha resonancia y vigoroso aliento épico, después de abordar asuntos tan arduos y extensos como la cosmogonia platense en su "Platania", la gesta de Bolívar y otras cuestiones de esta calidad, ensaya la novela en "Lázaro". Lo hace con un tono de entusiasmo y fe que no logra disimular la sencillez del relato. La audacia no puede ser digna de encomio. Hasta hoy Lázaro no es sino un muerto que se levanta. Jesús lo devuelve a la vida y eso es todo. Se le menciona como una prueba de la divina potencia de Cristo. Forma parte de un séquito de prodigios y misticismos. Pero, él, su carnadura y su almario, eso no cuenta para nada, y eso es lo que inquietó a Genta y lo movió a interiorizarse en la vida del resucitado.

Lázaro no fue un personaje nacido para morir el mismo día que resucitaba. Tal podría ser la síntesis del libro de Genta. Lo que a éste preocupa no es cómo murió y fue devuelto a la existencia, sino cómo empezó a desenvolverse desde que retornó al mundo. La biografía de un resucitado. De un resucitado que va a seguir subsistiendo como leal discípulo de quien lo volvió al ser vital, hasta que éste a su turno, pero sin intervención de nadie sino su Propia Voluntad, resucitara también de entre los muertos.

Genta pertenece a una generación muy cercana al Modernismo, y, por tanto, muy cercana a su modo de relatar. Sería absurdo pedirle que renunciara a la suntuosidad, al lujo verbal de los discípulos de Darío y Herrera y Reissig, más difícil aun si se piensa que Genta ha sido un fiel y cercano lector de Chocano, cuya inspiración trascendental le impresiona decisivamente. De ahí que en "Lázaro" haya cierto regusto por los giros y palabras, lo cual, lejos de quitarle mérito lo hace, en este caso por cierta adecuación entre el fondo y la forma, más compacto.

Los párrafos del libro, las figuras de los personajes, la ternura de Marta y María, la forma como se encara, con un suave realismo, la persona de María de Magdala, la actitud de los discípulos del Señor, se presentan en una forma majestuosa y dulce, como en una parábola. Podría pedirse una mayor acuciosidad sicológica al tratar de Lázaro, es decir, reducir a términos comunes esta saga tan permeable al prodigio y a la teatral elocuencia. Siempre tenemos algo que pedir a los escritores, aunque se den enteros. En este caso, Genta ha realizado una obra de amor y poesía, a mi juicio, más cerca de nuestra sensibilidad y nuestro sentimiento que otras suyas. La prosa, teñida de emoción poética resalta más y mejor que el verso sometido a ciertas exigencias prosaicas de la historia o la ética. En todo caso, el tema y la dignidad con que lo enfoca Genta, cuya primera novela es ésta, hacen pensar que tenemos que esperar de él, en su madurez, un redescubrimiento de asuntos y expresiones a través de los cuales puede desarrollar un inesperado sesgo de su literatura — y de nuestra literatura — narrativa.



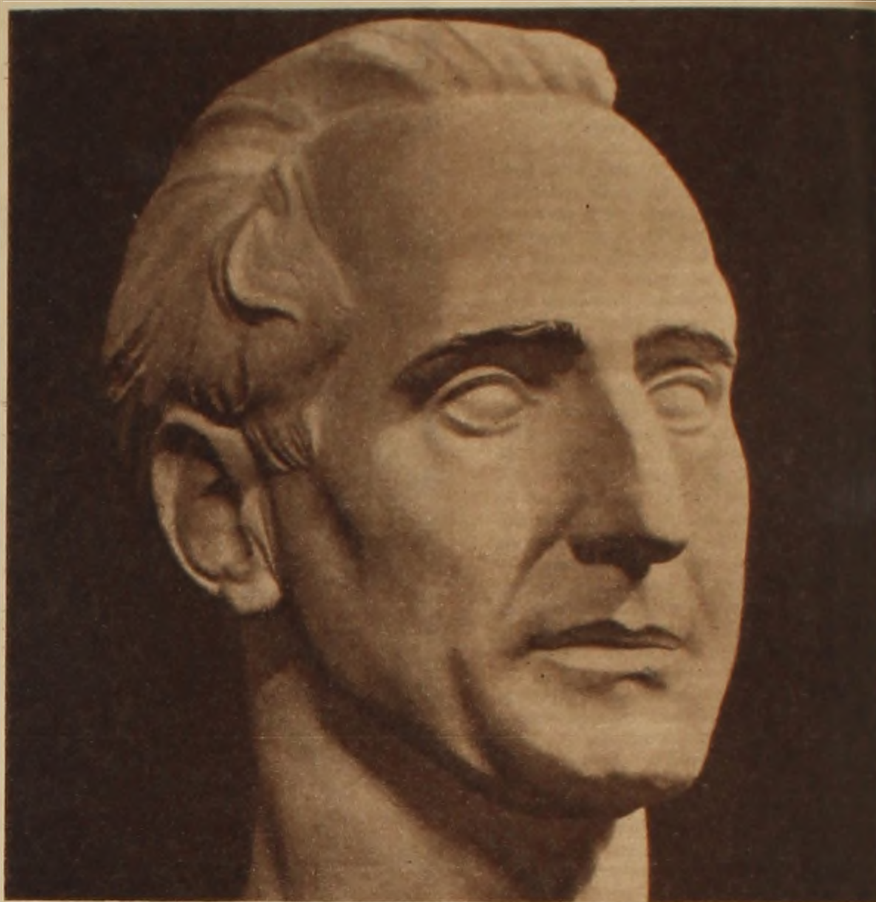
El verano...

RESECA SU CUTIS

Linda vida la del verano ¿verdad?... Deportes... sol... aire libre ¡todo muy grato y saludable! Pero... ¿Y su cutis?... no permita que la intemperie lo perjudique. Si Ud. lo nota reseco por el viento y el sol, acuda ¡en seguida! a la eficaz ayuda de Crema Pond's "S". Crema Pond's "S" contiene dos elementos extraordinariamente lubricantes: lanolina —muy similar a los aceites naturales de la piel— y un emulsionante de gran poder suavizante. Usela así:

Al acostarse: Después de una limpieza profunda con Crema Pond's "C", aplique en forma abundante Crema Pond's "S" sobre la cara y el cuello, dejándola —si es posible— toda la noche. **Durante el día: Extienda una fina capa de Crema Pond's "S" sobre su rostro... y goce feliz de la vida al aire libre. Su cutis conservará ¡siempre! una envidiable suavidad.**





Edgardo Ubaldo Genta. Busto en mármol de Edmundo Prati

El "Judas Iscariote" de Juan Bosch, quien acaba de publicar dos libros encantadores ("La niña de la Guayra", cuentos, y "Cuba, Isla encantada", viaje, narración y sociología), es diferente de tono y de intención. Bosch es ante todo un cuentista-poeta y un combatiente político. Esto último pesa mucho sobre las asordinadas implicancias de su magnífico libro.

La tesis de Bosch es que, a través de las Sagradas Escrituras, minuciosamente escarmenadas, resulta que Judas no entregó al Hijo del Hombre; que no hubo pago de treinta monedas; que Judas no se suicidó, y que todo tendría los caracteres de una conspiración política, en la que el famoso "traidor" fue ante todo un extranjero (el único no galileo del contorno de Jesús) y además, el tesorero, sobre quien siempre recaen las suspicacias. Agrega Bosch — y ahí está la pimienta del libro — que la posteridad es más permeable a los mitos de lo que se piensa. Y que, sin ir muy lejos, hoy, a los 40 años de los sucesos, hay media humanidad para la cual Trotsky no tuvo nada que hacer en la revolución bolchevique de 1937 y su figura es la de un repugnante traidor, odiado por Lenin y rival indecoroso de Stalin. Agrega que, si Hitler hubiese ganado, ¿quién habría podido quitar, al cabo de 200 años, a la raza judía la estigma de ser la causante de todos los males de la humanidad contemporánea?

El libro de Genta pertenece al lirismo. Calza con la índole de su autor. Libro de tono bíblico, fiel a las parábolas bíblicas, con perfume de sueño y una apretada ternura hacia los personajes de la Pasión. El libro de Bosch resuda crítica política, espíritu polémico, aunque esté escrito con una tranquilidad documental impresionante. Bajo la frialdad del estudioso se sienten los clamores de una pasión cuya fuerza aumenta en la medida que se disimula. El de Genta es una integración poética de la Escritura. Rima con el estilo de ésta hasta en su estilo periódico y suntuoso. Ambos libros, empero, aparte de manifestar una actitud nueva en nuestras letras, indican algo de interés general. Hay cabos sueltos en las Escrituras, personajes desvaídos, a quienes se presenta sólo en un episodio determinado, y que luego se pierden en las sombras: tal, Lázaro. Otros que son materia de contradictorios testimonios: tal, Judas.

¿Estamos volviendo a una fuente olvidada, una fuente de belleza, de inquietud, de afirmación y de duda? ¿Se halla, acaso, el espíritu nuestro en un instante crucial, en que, despegándose ligera o decididamente de viejas excrecencias, cree llegado el momento de intentar nuevas hazañas por imprevistos caminos? Esta palabra — "hazaña" — me evoca algo correlativo: Vicente Huidobro escribió, allá por 1929, una estupenda y poéticamente distorsionada "Hazaña" o estampa de "Mío Cid Campeador". Ahí, la ironía del más fino gusto; aquí, en estos libros, "hazañas" a su respectiva manera, la pasión lírica y la tentación polémica. El pasado, como siempre, si bien se le mira, suele dar frutos de futuro y novedad, si la mano que recoge es inquieta y generosa, mano que da y no toma, mano que se abre y no empuña, mano sensitiva, mano de promesa y dádiva, mano de porvenir.

Luis-Alberto ***SANCHEZ***

París, enero 1956.

(Especial para EL DIA).



GENGIS KAN

PASADO Y PRESENTE DE LA HISTORIA



Las tierras de Gengis Kan, prácticamente todos los territorios de Asia Central. (De la Geografía de E. S. Giuffra).

GENGIS KAN. — En el mundo occidental, — en el decadente Imperio Romano del año 500 —, se tuvieron las primeras noticias de las hordas bárbaras de Oriente, cuando Atila con los Hunos, golpearon a sangre y fuego los valles de Italia, las campiñas romanas, y llegaron al Rubicón, en las mismas puertas de la Ciudad Eterna.

Venían desde muy lejos, de miles de kilómetros, de exóticos países del Asia Central, de heladas montañas y tórridas planicies, del desierto de Gobi, — arcilla calcinada y arenas —, durmiendo su sueño milenario a la sombra de los lejanos picachos del Techo del Mundo, — montañas del Himalaya —, y de la Cintura de la Tierra, en las montañas de los Urales y del Tibet.

Extraños hombres, de baja estatura y oscura piel, cara ovalada y pómulos salientes, oblicuos y pequeños ojos, adaptados por los negros vientos del Artico, por los fuertes y polvorientos vientos de las dilatadas estepas. centauros en pequeños y briosos corceles, encelados en la práctica de la caza, y en el constante guerrear, armados de poderosos arcos y flechas, — arqueros a caballo —, llevando tras los ejércitos, carretas arrastradas por bueyes, con la choza de pieles y fieltro, y un mundo viviente en marcha, mujeres y niños, yeguarizos y ovejas, que le proporcionaban carne y leche agria, en la marcha hacia nuevas tierras empujados por una ancestral fuerza migratoria, dominados por un diabólico afán de destruir, de matar por el placer de matar, como si un nuevo cataclismo se abatiera por valles y montañas, como si la tierra se sumiera de nuevo en las tinieblas de las primitivas fuerzas.

Miles de años antes, aquellos bárbaros integrantes de hordas mongólicas, agrupados en tribus o clanes, disputaban en constante guerrear los campos de pasturas, donde apacentar los rebaños, las manadas de yeguas, los caballos de guerra, viviendo en tolderías de pieles, sin religión y sin conocer la escritura, sin organización política, en medio de las nevadas tierras del Artico hasta los bosques de la Manchuria, en las dilatadas tierras del Mar Negro al Mar de la China en un inmenso Continente, como extendido cráter rodeado de montañas inaccesibles, con dos pasos o grandes rutas, una al Sudeste hacia las tierras del Imperio Celeste, — China —, y otro orientado al Occidente, a las estepas de Rusia, a los valles de Hungría, a los Reinos de Europa, donde la civilización había cumplido etapas fundamentales.

Hacia el año 1160, en el seno de una pobre tribu mongólica, nacía Tomujín, huérfano y esclavo a los diez años, cuando su padre fue envenenado y su tribu sometida. Conoció el dolor del látigo. el hambre y la sed de las estepas, evadido y tenazmente perseguido, la necesidad lo armó prematuramente guerrero, y en alas del potro, y con el poder de sus flechas, comenzó su lucha, eliminando sin piedad a los enemigos, sojuzgando a las tribus vencidas con férrea disciplina, dadivoso con el compañero, astuto y desconfiado de su propia sombra.

Sólo confiaba en su mujer Bartai y en sus hijos; elaboró sus planes en detalle, y fue ensanchando su tierra y su ganado, su ejército y sus esclavos.

Y mientras amalgamaba las numerosas tribus del inmenso territorio, un ejército se disciplinaba en Regimientos y Banderas, agrupó a la caballería e impuso tácticas de flanqueo en rapidísimas cargas y su genio militar fue madurando en fantásticos planes; apoderarse de todas las tierras conocidas en los confines del mundo, bajo el galope arrollador de su caballería, jalonando en sangre las desconocidas rutas, con el ensueño del rico botín y el regalo de bellas mujeres, en su provecho y en el de sus soldados. Nunca pensó en su país, ni en su gloria.

Y atrás quedaron los "Yurts", de chozas de pieles, con las mujeres, ancianos y niños, los demás por miles, a la conquista del mundo, por el paso del Sudeste hacia Catai, por el paso del Occidente a Bagdad, a Persia, hacia las llanuras de Europa, con un gigantesco movimiento de masas, con tres ejércitos separados por cientos de kilómetros.

Y atravesaron valles, montañas y ríos, arrasaron ciudades, poblaciones enteras fueron sacrificadas en masa en la imponente marcha, como mastines ávidos de sangre y placeres. Y cruzaron las murallas de la China, y en las ricas sementeras encontraron los granos y las frutas, conocieron las sedas y los palacios, los aparatos de la guerra y la pólvora de los ingenieros chinos.

Después fueron a Occidente, por miles de kilómetros, arrasaron Bagdad y Urgecht, llegaron más allá del Mar Pérsico, Crimea y el país de los Búlgaros atisbaron la frontera de la Europa Central y las estepas rusas.

Trazaron las grandes rutas de los pastos, y al llegar al término de la inmensa jornada los viejos magos y los comandantes lo proclamaron en una 'Kiltarai" (asamblea): el GENGIS KAN.

Ninguno más tuvo título en el ejército y sus cuatro hijos, Juchi el Mayor, Ogadai, Chagadai y Tului el Menor, — la familia áurea —, fueron los comandante de cuatro ejércitos. Así empezó una marea humana, que se desató mil veces desde el Mar de la China al Mar Negro, y mil hogueras alumbraron la marcha de los bárbaros hacia metas desconocidas. Un mundo conquistado desde la montura de un caballo.

Así fue el fabuloso Gengis Kan, que por siglos orientó la historia de una parte considerable de la Tierra.

Y de regreso a la tierra de Gobi, a las tiendas de pieles y de fieltro, coronado ya Enviado del Perenne Cielo Azul dicta las simples leyes de Yasa, el Código mongol en láminas de oro, y para tomar decisiones supremas convoca en la mitad de la jornada un nuevo "Kiltarai", para repartir sus tierras y su ejército entre sus hijos. Sólo uno de ellos faltó a la cita sagrada, Juchi el Mayor.

Estaba muy lejos en las estepas rusas, atormentado por la repulsa de sus hermanos. Poco después, en una nueva expedición a la China, moría Gengis Kan. Era el año 1227.

EL HIJO BASTARDO. — Juchi el Mayor, era hijo bastardo de Gengis Kan. Su madre, mujer de Gengis, raptada por el jefe de una tribu vecina, en la iniciación de la lucha del Jefe, rescatada posteriormente por sus guerreros, vino acompañada de un niño. Lo llamaron Juchi, el invitado.

Después comandante del ejército de Gengis, sintió el desprecio de sus hermanos. Por eso no concurrió a la cita sagrada, al "Kiltarai", donde se dispusieron los planes futuros de conquista.

Y nunca más volvió de sus tierras del bosque, en los lindes de las estepas rusas. Allí murió poco tiempo antes que el Gengis.

Y su propia horda nunca más volvió al seno de su raza, a las estepas del Asia Central; se afincó en las tierras negras rusas, ricas en pastos para sus caballos, grávidas en granos para sus guerreros.

Batú, hijo de Juchi, fue un poderoso Kan independiente sin intervención en la sucesión de Gengis Kan, ausente deliberado en la lucha de Ogadai y Chagadai, ni siquiera cuando la sucesión del mando pasó a los nietos del Gengis.

Pero seguía perteneciendo al Ala Izquierda del invencible ejército mongol y bajo la inspiración del poderoso y hábil Subatai, emprendió la gran marcha de 60º grados de distancia, por años, hacia todas las estepas rusas, hacia el Mar Artico, a las llanuras de Hungría y el corazón de Alemania, bajo el mismo signo bárbaro de destrucción y sangre, en pos de lo desconocido.

Pero Batú, se instaló definitivamente en las tierras de Rusia, mientras los mongoles de Gobi seguían sus conquistas, y el nieto de Gengis Kan, el guerrero Kubalai, invadía y despedazaba a China y más allá hasta Corea, creaba la dinastía de Yuan, erigía palacios de mármoles y lagos artificiales, emitía billetes de moneda, que después narró maravillado al mundo Occidental, el incansable Marco Polo.

Y allá quedaron en Rusia los escuadrones de Batú, — la Horda de Oro —, permitiendo que cada príncipe ruso gobernara sus tierras, exigiéndole una total lealtad y pesados tributos anuales, mientras sus guerreros sembraban el terror en la anarquizada comarca rusa.

Brutal y sanguinario, Batú fue edificando su vasto Imperio, todavía de chozas de pieles; después fue llamado Zar, y entró en la molicie de los palacios que empezaron a diseñar en la meseta del Kremlin, una pequeña aldea: Moscú.

La Horda de Oro, fue perdiendo vitalidad en los siglos y desapareció, dejando el espíritu guerrero y el afán de conquistas, pronto resurgieron en los príncipes rusos, y el continuo guerrear impuso la ley del más fuerte, el príncipe de los príncipes, el Zar, con poderes absolutos sobre vida y hacienda.

Y desde entonces, desde Iván el Terrible hasta Pedro el Grande, y toda la caterva de zares, emperatrices, favoritos, oscuros monjes, invirtieron la marea humana en el antiguo Imperio de los Mongoles, y el Medio Evo conoció de nuevo y por siglos, el trágico galopar a los confines del mundo de Gengis Kan, hacia China al Oriente, hacia Polonia al Occidente, en alas de poderosos ejércitos de inagotable potencial humano.

En el año 1918, cayeron los príncipes, y Rusia conoció nuevos amos, siguieron creciendo los ejércitos y dilatando las fronteras, hasta Corea en el Mar de la China en el Pacífico, hasta Berlín más allá del Danubio, en la antigua frontera de la tierra mongol.

Y mientras sus ejércitos aumentan el poder de sus armas de retropropulsión y de bombas atómicas, el negro viento del Artico, y el helado viento del Techo del Mundo, traen el sonoro eco del galopar de los escuadrones de Gengis Kan.

Ing. José L. BUZZETTI.

(Especial para EL DIA).



Los 37 jóvenes estudiantes uruguayos que visitaron Bariloche, a invitación del Rector de la Universidad de la hermosa ciudad, regresaron a Montevideo, siendo esperados por sus familiares y el Ministro de Instrucción Pública don Renán Rodríguez.

INFORMACION GRAFICA



Homenaje del Círculo Garibaldino a los Legionarios, realizado en el Cementerio del Buceo, el día de la fecha aniversario de la Batalla de San Antonio.



Regresó el Embajador de los EE.UU. en el Uruguay, Sr. Dempster Mc Intosh, que pasó una breve vacación de descanso en Wáshington. Aparece en la nota acompañado de su distinguida esposa e hijas.





Jefes del Ejército, la Marina y la Aviación Militar, pertenecientes a la promoción de 1911, celebraron el 45 aniversario de la fecha de su graduación con diversos actos entre los cuales estuvo el de un banquete realizado en el Parque Hotel.





EN la Escuela Nº 127, de Primer Grado, que dirige la Sra. Clorinda Campiglia de Alberti, se realizó una emotiva ceremonia de entrega de una bandera de Artigas, y el banderín símbolo de su huerta escolar, donados por la Comisión de Fomento.

El Presidente de la Junta Coordinadora de Huertas Vecinales, hizo entrega de libretas de ahorro a los mejores huertistas, y les fueron entregados diplomas y medallas estimuladores a los alumnos.

Las fotografías de esta página corresponden a los diversos actos realizados.







COCA

APENAS hubieron llegado a la "puna", el guía indígena quiso volver atrás con un temor inexplicable. Fue en vano que Jacinto Vargas le ofreciera la más reluciente de sus libras de oro peruano. El indio designó el sol declinante sobre una montaña andina: en la nieve de la cumbre tenía color y chorreras de sangre. Como no le bastara al amo tan seguro indicio de muerte próxima, tomó en la alforja algunas hojas de coca y las masticó un momento hasta que su sabor amarguísimo le hubo indicado el peligro de seguir adelante. Sin mayores comentarios volvió grupas, espoleando con el talón desnudo su mula, que trotaba sin ruido por esa blanda grama de la puna.

Cuando Jacinto Vargas lo alcanzó, a galope, tuvo que levantar el látigo para que volviera el indio sumiso, gimoteando y mostrando la luna, pues entraba ya la noche. Se detuvieron a dormir en una arruinada cabaña de la cima.

Todo el paisaje desamparado y monótono de las laderas de los Andes se divisaba desde allí; su vegetación amarillenta y rala hasta las cumbres que afianzaban su trinchera de sombras contra los últimos fuegos de la tarde. Un frío súbito bajó de la nieve cuando el día se hubo apagado.

Envuelto en un poncho como en una frazada, Jacinto Vargas se tendió en el suelo a dormir, después de haber asegurado la puerta de la choza con las riendas de su cabalgadura. El indio se acurrucó contra el lomo de la mula para que la tibieza del animal le preservara del frío nocturno. Ocho horas de jornada por las montañas andinas son el mejor remedio conocido para curar insomnios, sin contar con esa chicha excelente que ayuda a bien dormir.

Pero a las dos de la mañana el frío le hizo tiritar y pensó, desperezándose, que había cogido una "terciana". Llamó al guía en vano. Despertar a un indio encogido como una momia es obra tan difícil, que se disponía, en la sombra, a buscar el frasco de quinina, cuando le pareció notar que de su mano chorreaban gotas tibias: la lluvia, seguramente; el súbito chubasco. Caramba. ¡Su poncho estaba lleno de sangre! Salió a la puerta para cortar las riendas con su cuchillo, y la halló entreabierta. Una amplia luna remontaba, como las cometas de los niños serranos, suavemente hinchada de viento. Entonces, mirando la choza y la extensión infinita, Jacinto Vargas, perfectamente despierto, se estremeció con un largo escalofrío. El indio truhán se había fugado con las mulas; le abrió, al partir, con el cuchillo de monte, una vena del brazo, y, a la chicha vertida, añadió "chamico", para que el sueño fuera invencible.

El terror súbito le anudó la garganta. Estaba solo en el fin del mundo, en la más tremenda soledad humana, la de esta serie de colinas que van llevando su vegetación de ruina por los antiguos andenes de los Incas, hasta el blanco monumento de las nieves eternas. Jacinto Vargas se sintió perdido, sin remisión. Pocas gentes transitaban por allí, y puede decirse que no hay camino, puesto que se cruza la puna por cualquier lado sin que el paso de las cabalgaduras deje rastro.

Entonces, una idea súbita le hizo subir los colores al rostro. La alforja que el guía dejó estaba llena de hojas de coca; puesto que los indios pueden vivir algunos días sólo "chacchando", ¿por qué no iba a imitarlos? Más de una vez los viera preparar la mixtura de hojas con un poco de cal, y masticarla horas enteras sin probar otro alimento, a pesar de las rudas jornadas.

El sabor amarguísimo le hizo escupir dos o tres veces la masa triturada por los dientes. Ensayó de nuevo. El aguardiente con que se enjuagaba la boca le pareció menos fuerte que de costumbre, y se tendió un instante con la cabeza en la montura. Afortunadamente, el indio había dejado los aperos de montar, desdeñoso de estas complicaciones civilizadas, pues él cabalgaba "en pelo".

Hasta las montañas, el camino relucía como la plata nueva. Las tunas negras, tan negruzcas, recibían un reflejo argentino en sus brazos velludos de candelabro. Masticando afanosamente, Jacinto Vargas comenzó a sentir una extraña dulzura en los nervios, y el silencio que le aterrorizaba parecióle calmante. Con alegre lucidez comenzó a pensar que las mulas del correo no pasarían lejos. Iba a esperar, por supuesto, dos o tres días; pero, en fin, la coca podría alimentarlo, y la herida del brazo, cicatrizada con un coágulo negro, le dolía apenas.

Sin sorpresa alguna comprendió de pronto que estaba en la vecindad de una aldea de indios, pues sonaron las quenas en la oscura oquedad de las montañas. De las más lejanas sombras llegaba su latir, tan armoniosamente difundido y nocturno, que parecía el quejido mismo de la luna. Jacinto Vargas se arrastró hasta la puerta para escuchar mejor. Vio claramente el rebaño de llamas a cincuenta pasos, cuando más. Eran doscientas, eran trescientas, no se podían contar, todas blancas como el astro. Hubiera podido llamar al pastor que, seguramente no estaba lejos tañendo su flauta de caña; ¡pero sentía tal pereza de hablar! Era mejor seguir aspirando en silencio la frescura que baja de las nieves. Hasta esa cumbre ascendían las llamas, ondulando, meneando apenas la barra de mineral atada en el lomo. Venían de las minas de la sierra, probablemente. ¡Qué de ellas! ¡Caramba! Hasta el horizonte no se veían sino llamas en pie, que miraban la luna, y su lomo confundíase con la línea indecisa de los Andes. Iban a beberse toda la nieve. ¡Qué delicia! Nunca las vió danzar. Sí, danzaban al compás de las "quenas", apoyando, alternativamente, en la blanca grama, una y otra pata delantera, según el ritmo de "yaraví". Jacinto Vargas sonreía de gozo arrastrándose, poco a poco, sobre la hierba húmeda. Se acercaría así, sin ruido alguno, hasta las llamas blancas, para acariciarles el vellón esponjado en la noche. ¡Una necesidad entrañable de paz le suavizaba las venas y en el sudor de la frente era tan suave el viento helado! Sí; iba a quedarse dos noches enteras, antes que cualquier caminante viniera a turbar su deliquio. Miró con recelo las primeras luces del alba, que ostentaban los colores de su propio poncho en el prisma de la alta nieve. Al sentir que un ave oscura le rozaba el rostro, levantó una mano acariciante, para acariciarle el plumón de la cabeza, murmurando una palabra tierna. Pero el ave desperezó las alas inmensas, reflejando la aurora cercana en el plumaje. Con la mano izquierda, ya muy torpe, Jacinto Vargas arrancó el coágulo del brazo para que respirara mejor la herida. ¡Qué bienestar aquél! Era como si tuviera dos bocas entreabiertas. ¡Iba a dormir tan bien con el sabor de la coca en los labios, mientras resbalaba dulcemente la sangre tibia! Ya escuchaba con precisión, un ruido de cascabeles: la reata de las mulas del correo de la montaña. Pero él no quiso mostrarse. Inclinó la frente sobre la montura y sonrió al morir.

El cóndor que aguardaba se le trepó a la cabeza y picoteó largo rato los ojos abiertos.

Ventura GARCIA CALDERON.

CAMINO TIERRA ADENTRO!



Viaja por el interior.
Viaja en automóvil y visita diez o más comercios por día. Forzosamente somete sus trajes a un desgaste abrumador pero siempre tiene excelente presencia. Es que sus trajes de Casimir ILDU mantienen su línea, resisten la luz y el frote sin perder su apariencia.
Para su próximo traje, exija Ud. uno de Casimir ILDU con el Precinto de Garantía en el ojal.



A pedido de los confeccionistas que lo soliciten el Precinto de Garantía ILDU es colocado por personal de ILDU en todos los trajes confeccionados con Casimir ILDU

Casimires
ILDU
100 o/o lana

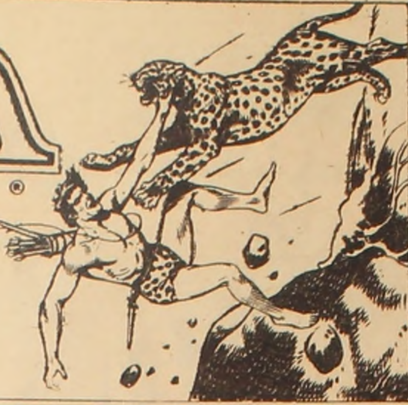
Deléitese con "EL HOMBRE DE LA CALLE" por CX 16, RADIO CARVE, los lunes, miércoles y viernes a las 20.15 horas.

Publicitaria Uruguaya

Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS®

TARZÁN ELUDIÓ EL ATAQUE DEL LEOPARDO... PERO LA SUERTE DIÓ UN VUELCO EXTRAÑO, AL ROMPERSE EL BORDE DEL ROCOSO SENDERO.















CHICOS Y GRANDES FUERTES COMO Tarzan



CON TODDY

ETIQUETA ROJA CON CACAO

ETIQUETA AZUL SIN CACAO

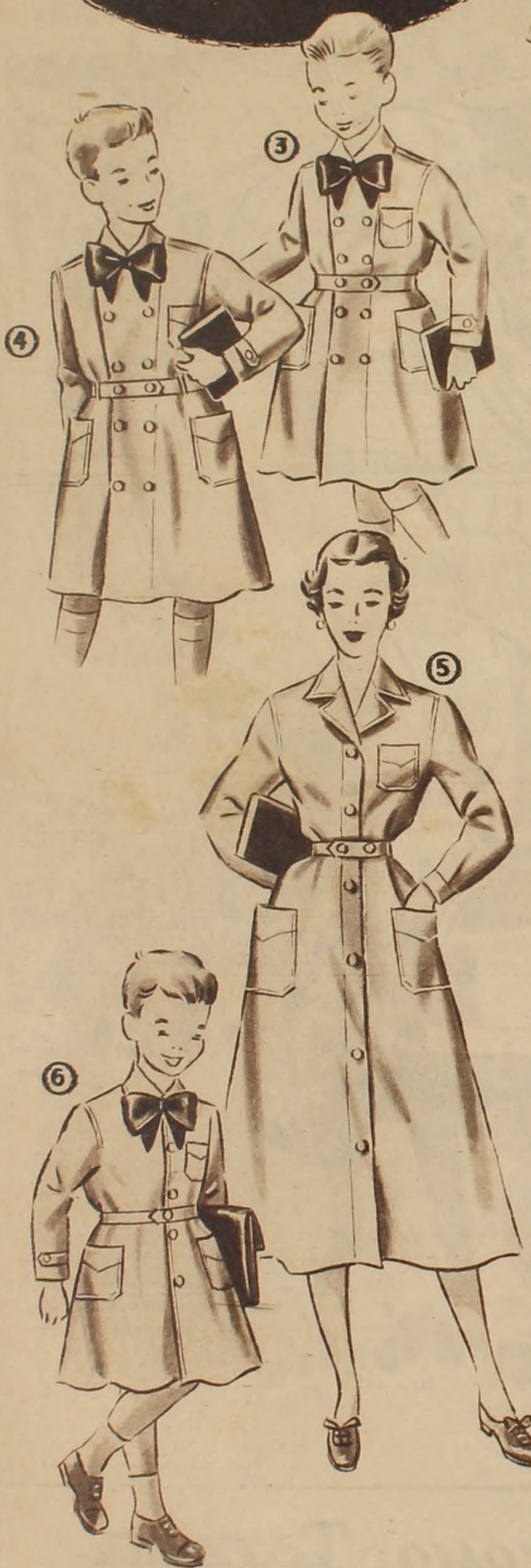




PARA LOS PROXIMOS CURSOS

DESTACAMOS NUESTRO GRAN SURTIDO DE

TUNICAS, DELANTALES y GUARDAPOLVOS



1 - **Delantal con cuello festonado, para niñas de 4 a 16 años, en piqué de gran calidad; talle 4** **$ 10.00**
Aumenta $ 0.90 cada 2 talles

2 - **Delantal con cuello festonado, para niñas de 4 a 16 años, en fuerte galatea e impecable confección; talle 4** **$ 12.20**
Aumenta $ 0.90 cada 2 talles

3 - **Guardapolvo cruzado, para niños de 4 a 14 años, en tusor mercerizado y confección inmejorable; talle 4** **$ 9.60**
Aumenta $ 0.70 cada 2 talles

4 - **Guardapolvo cruzado, para niños de 4 a 14 años, confeccionado en brin sanforizado; talle 4** **$ 8.00**
Aumenta $ 0.70 cada 2 talles

5 - **Túnica derecha, para profesionales en brin sanforizado de gran duración; talles 52 y 54 $ 15.50, talles 44 al 50** **$ 14.50**

6 - **Guardapolvo derecho, para niños de 4 a 14 años, realizado en fuerte galatea; talle 4** **$ 7.50**
Aumenta $ 0.70 cada 2 talles

7 - **Delantal con cuello festonado, para niñas de 4 a 16 años, confeccionado en tusor mercerizado; talle 4** **$ 13.00**
Aumenta $ 0.90 cada 2 talles

8 - **Túnica cruzada para profesionales, en piqué de excelente calidad; talles 52 y 54 $ 15.50; talles 46 al 50** **$ 14.50**

9 - **Túnica derecha, para profesionales, en madrás de buen resultado; talles 52 y 54 $ 10.40; talles 44 al 50** **$ 9.80**

Vea nuestro amplio surtido de útiles escolares con precios al alcance de todos. Carteras, Cuadernos, Blocks, Lápices, Lapiceras, Plumas, Gomas, Alcancías y todo lo que el colegial necesita. Visite ahora la Sección Colegiales de nuestras 3 casas.



SUCURSAL GOES	CASA MATRIZ	SUCURSAL CORDON
AV. Gral. FLORES 2341	AV. AGRACIADA 2302	AV. 18 de JULIO 1601
esq. MARC. BERTHELOT	esquina Marcelino Sosa	esquina Carlos Roxlo
Tel. 2 42 00 - 2 43 00 - 2 44 00	Tel. 20 09 61	Tel. 40 41 11